

**UNIVERSIDAD PEDAGÓGICA EXPERIMENTAL LIBERTADOR
INSTITUTO PEDAGÓGICO RURAL “EL MÁCARO”**

**CLASE MAGISTRAL
PROMOCIÓN DE MAESTROS, PROFESORES Y ESPECIALISTAS
“DOÑA LUISA CÁCERES DE ARISMENDI”**

PROF. JOSÉ ANTONIO LAGO FORMOSO

Una clara mañana de junio del año 1605, cuando la primavera deja entrever ya algo del calor del verano que se aproxima, de una casa marcada con el N° 20 antiguo de la calle del León esquina a la de Francos de la ciudad de Madrid, un hombre rondando los sesenta, de “rostro aguileño, cabello castaño y frente lisa”, vestido a la usanza de la época: cazaca, calzones, calzas y capa, algo nervioso se dirigía rumbo a la calle de Atocha, donde paró frente a una puerta flanqueada por dos discretos ventanales, arriba, adornando la vieja pared de piedra, destacaba un letrero que anunciaba: **IMPRESA DE DON JUAN DE LA CUESTA**, en el frontispicio de su barroquísimo emblema se leía en latín: Spero lucem post tenebras, “Espero la luz después de las tinieblas.” No se imaginaba Miguel de Cervantes Saavedra, así se llamaba el hombre que veníamos siguiendo, que ese sencillo pero significativo lema al que hasta ese día no había prestado mayor atención, se iba a hacer realidad en su desafortunada vida de escritor, pues con la novela que estaban a punto de entregarle, saldría de las tinieblas del anonimato para convertirse en el gran exponente de la literatura española y universal que todos conocemos.

Cervantes, cubriendo su mano izquierda inutilizada por una vieja herida de guerra que le valió el glorioso mote de “manco de Lepanto”, se asomó con la cautela de quien no quiere molestar y como en tantas otras ocasiones se deleitó contemplando la frenética labor que se desarrollaba en la pequeña imprenta: a mano izquierda, el maestro impresor manejaba la prensa mientras un aprendiz se encargaba de buscar el papel, muy cerca de ellos, en una mesa grande se secaban las hojas recién impresas; un poco más allá, dos tipógrafos colocaban los caracteres para componer la página

que tenían ante ellos; a su derecha otro trabajador guardaba los caracteres ya utilizados en una caja con compartimentos; por detrás de éste un corrector revisaba con mucho detalle las pruebas mientras otro entintaba la plancha con la ayuda de un rodillo, -progreso notable con relación a los tampones de cuero recubierto de fieltro que se usaban en tiempos de Gutenberg-. En una reducida habitación contigua los fundidores de caracteres, una vez fundido el plomo, lo vertían en moldes de arena con la forma de los tipos para finalmente perfilarlos con la ayuda de un buril.

-Don Miguel buenos días nos dé Dios. Saludó el maestro impresor mientras se acercaba sacudiéndose las manos en el sucio delantal de cuero que llevaba.

-Buenos días nos dé Dios, don Juan, nunca me cansaré de mirar el excelente trabajo que realizáis.

Don Juan de la Cuesta agradeció el cumplido con un ligero ademán, y esbozando una sonrisa que anunciaba buenas noticias, dijo lacónico:

-Pláceme decirle que hemos concluido la impresión.

A Miguel de Cervantes se le iluminó la cara. Entraron conversando al despacho y de inmediato se pusieron a admirar uno de los ejemplares de la primera parte de “El ingenioso hidalgo Don Quijote de La Mancha”. ¿Qué pasó allí?, no lo sabemos a ciencia cierta, aunque seguramente el autor no pudo resistir la tentación de leer el hoy tan conocido comienzo de su novela: “En un lugar de La Mancha de cuyo nombre no quiero acordarme, no ha mucho tiempo que vivía un hidalgo de los de lanza en astillero, adarga antigua, rocín flaco y galgo corredor”. Por su parte el impresor no desaprovecharía la oportunidad para resaltar la limpieza de la impresión, la calidad de la encuadernación, y hasta es muy probable que le explicara a su interlocutor que esas grandes letras capitales de gran complejidad que se observaban en la cubierta de su libro, fue un invento de los impresores, cuando la imprenta daba sus primeros pasos, para ponerle las cosas difíciles a los escribas.

El caso es que en aquel desapercibido acontecimiento en una imprenta de la madrileña calle de Atocha, se fragó mucho más que un magistral libro que dio inicio a la novela moderna y que aún en vida del autor acumularía 16 ediciones. En aquel privilegiado lugar, un manuscrito de altísimos quilates literarios se convirtió en un material impreso gracias al maravilloso milagro de la imprenta, que lo catapultó

además por el mundo entero, rompiendo las barreras del tiempo y del idioma, llevando consigo un carismático personaje que se transformó para siempre en la representación de la lucha del hombre contra los imposibles.

Hoy en el año 2005, recordamos y celebramos 400 años de aquella primera publicación, y es esta Clase Magistral el mejor de los pretextos para iniciar, por todo lo alto, dicha celebración en nuestra Universidad. El Quijote brinda infinidad de posibilidades a la hora de escoger un tema, su sola síntesis argumental podría llevar horas de apasionada discusión, al igual que sus personajes y los valores que representan. Sin embargo, por extraño que parezca y contraviniendo la empecinada lógica de la historiografía, hemos decidido adentrarnos en la difícil búsqueda, casi quijotesca, del Quijote en Venezuela.

Desde luego que esta propuesta no es ni pretende ser original, la bibliografía americana en torno al Quijote no sólo ha sido prolífica, como era de esperarse, sino además de una calidad excepcional. Cómo no referimos, por ejemplo, a “Don Quijote en América” del destacado escritor merideño Tulio Febres Cordero, publicado precisamente cuando se conmemoraban los 300 años de la primera edición de la primera parte del Quijote en la Venezuela de principios del siglo **XX**, por allá por 1905. El mismo autor, creador de obras muy conocidas como “Los mitos de los Andes” y “Tradiciones y leyendas” entre otras, produjo también “La historia de la imprenta en Venezuela”, que vino a llenar un vacío imperdonable en el desarrollo cultural del país, y que como ya hemos hecho referencia, tiene una estrecha relación con el magno acontecimiento que inspira nuestra disertación.

Aclarado el punto, continuemos con nuestra escrutadora tarea. Es bien sabido que Cervantes por el 1581 esperaba con desmedido afán un buen puesto en América en pago a sus heroicos servicios a la corona, como sus deseos no se vieron recompensados decidió probar fortuna con las letras. A partir de este dato absolutamente real, podemos urdir un sinfín de posibilidades históricas nada despreciables. Comencemos por hacernos algunas preguntas: ¿qué hubiera pasado si a Cervantes le daban el carguito en América?, ¿a dónde hubiera llegado?, ¿a Venezuela?, ¿a qué se hubiera dedicado?, ¿a dirigir una encomienda?, ¿a comandar un regimiento?, ¿al comercio de víveres?, ¿a escribir las crónicas de algún apartado

lugar?, ¿habría escrito el Quijote por estos parajes tropicales?, pensemos en un probable título: “El ingenioso mantuano Don Quijote de los Valles de Aragua”, ¿o acaso es posible que nuestro potencial genio, ocupado en otros menesteres en estas lejanías, dejara en el olvido el amor por las letras?. ¿Pueden ustedes imaginar tan siquiera por un momento que, aparte de todas las culpas que se nos endilgan a los venezolanos, que no son pocas, tuviésemos que llevar a costas el oprobioso peso del crimen cultural más abominable de todos los tiempos: el de haber impedido que se consumara la escritura y posterior publicación de una de las más importantes obras de la literatura universal?.

No hay duda de que le debemos un favorcito a los burócratas de la corona española de finales del siglo **XVI**. Aunque la cosa no sería tan fácil, el dilecto hijo de Alcalá de Henares acostumbrado a las dificultades siguió insistiendo, esta vez se radicó en la ciudad más cosmopolita de España para la época, Sevilla, que desde el siglo **XV** se había convertido en la puerta de los viajes atlánticos hacia las Indias, y en 1590 hace un segundo intento por ir a la tierra de sus sueños, pero le es denegado nuevamente el empleo.

En definitiva, Cervantes no pudo viajar nunca a nuestra América, muy a su pesar, aunque esta aseveración no es del todo cierta, pues en su lugar nos envió al Quijote. El caballero de la triste figura, con lo que antes era un rocín, su “rocín antes”, abordó uno de los galeones que zarpaban de las costas andaluzas y decidió ir a defender a los débiles allende los mares. Extraordinario suceso que expresa de manera inmejorable, el poeta Samuel Eduardo Qüenza en su poemario épico “Canto a Venezuela en Carabobo”:

“.....
el que llegó en las carabelas
y dijo tierra por la voz de Triana,
que vino con Babieca y Rocinante
y con Fuenteovejuna bajo el brazo,
en una mano el arcabuz guerrero
y en la otra la cruz de los cristianos,
que se llamó Alonso en la hora buena
y firmó Casa León en la hora mala,
.....”

Siguiendo con nuestra indagación, tropezamos con un peculiar episodio que registra la historia de la Caracas colonial, y que parece estar hecho a la medida de nuestro propósito. Es de subrayar que el mismo fue llevado a la literatura en 1942, por el insigne ensayista, historiador, pensador y novelista venezolano Mario Briceño Irigaray, en un impecable ensayo titulado: “El caballo de Ledesma”.

Así nos lo relata Antonio Pérez Esclarín, quien a su vez lo recoge de “La Historia Fabulada” de Herrera Luque:

En la época colonial “desembarcó en Macuto, con planes de saquear Caracas, el pirata Amyas Preston. Traía seis buques y 500 hombres. Demasiados, sin duda, para esa Caracas pueblerina, que en esos días contaba con 150 vecinos y algunos indios.

El camino a Caracas que, desde el litoral subía culebreando por las espaldas del Ávila, podía ser defendido fácilmente con un puñado de hombres valientes. Y Caracas quedó sin hombres, porque todos corrieron a ponerse a las órdenes del Capitán Garci González de Silva. Distribuidos en los sitios más estratégicos del camino, impedirían el paso de los piratas.

El traidor Villapando guió a los piratas por un camino secreto. Así evitaron la emboscada que le tenían preparada los hombres de Garci González. Llegaron sin problemas a las orillas de Caracas, habitada tan sólo por mujeres ancianos y niños.

De pronto, los ojos de los piratas se llenaron de asombro al ver galopar contra ellos, amenazándolos de muerte, un único jinete armado con una lanza y un escudo viejo. El pirata Preston, impresionado por este alarde de loco valor, intentó disuadir al jinete para que no peleara en un combate tan desigual, pero como éste no hizo caso y atacó con decisión a los piratas, ordenó que dispararan contra él. Cuando una vez caído, se acercaron a ver quién era este osado caballero, vieron con asombro que era un anciano: don Alonso Andrea de Ledesma, uno de los conquistadores del Valle de Caracas y fundador de la Ciudad. Apenas podía andar, tullido por el reumatismo.

Preston ordenó a sus hombres que cargaran a hombros el cadáver del anciano y así entraron en Caracas. Allí lo enterraron con honores militares en la Plaza Mayor. El propio Preston mandó que el traidor Villapando fuera ahorcado de las ramas de un árbol.”

Tal evento no tendría por qué tener mayor trascendencia que la que corresponde a un acto heroico de esa naturaleza, en una época de violencia que los exigía a menudo, y por otra parte, que alguien quisiera imitar al Quijote tampoco tendría por qué extrañarle a nadie, siempre y cuando tan particular hazaña no hubiese acontecido, como en este caso, en el año de 1595, es decir, 10 años antes de que se publicara la primera parte del Quijote. Otra segunda coincidencia nada desdeñable, lo constituye el hecho de que nuestro Quijote criollo, al igual que el manchego, se llamara **Alonso**. Podríamos decir, sin temor a exagerar, que en la Caracas colonial, tuvimos un heroico y real anticipo del ingenioso hidalgo Don Quijote de La Mancha o Alonso Quijano, en la bizarra y tierna figura de don Alonso Andrea de Ledesma.

Y ya para concluir, apelando al vivo encantamiento que irradia por todo el orbe esta tierra de gracia, a la magia novelada de la historia y al intenso sortilegio de la palabra hermosa hecha Romance, adentrémonos en la llanura que surca las entrañas de la patria y, deslastrados de absurdos resabios racionalistas, presenciemos allí la aparición del mismísimo Don Quijote de La Mancha montado en su Rocinante, quien después de reconocer brevemente el terreno y palpar con español asombro su inenarrable inmensidad, se le planta delante a dos recios llaneros que, terminada la dura faena en el hato, vienen conversando por el camino, y sin más les pregunta:

¡Váleme Dios! ¿quiénes sois? ,
¿acaso estáis de salida?,
¿vuestas mercedes provienen
de alguna cercana villa?
Como ante tanta pregunta
ninguno le respondía,
el humor se vino abajo
y el tono fue para arriba,
y aquel desgarbado hidalgo
de barba rala y esquiva,
increpó a los dos vegueros
que por la trocha venían:
¿qué celada estáis planeando
hidalgos de pacotilla?.
Quiero una pronta respuesta
pero la quiero enseguida,
si no queréis provocar
el vendaval de mi ira.
¡Cará!, dijo el más pequeño,
dejando escapar la risa,

al observar al Quijote
con esa mirada altiva
sosteniendo aquella vara
y un escudo entre comillas,
a lomo de un rucio moro
que era purita costilla.
¿Y quién será este “musiú”
con tan rarísima pinta,
con ese hablar tan “jipiao”
que hasta parece un artista?
El otro le contestó,
rascándose la barbilla:
debe ser un “hacendao”
de las haciendas vecinas,
de esos que viven “fiesteando”,
que ni saludan ni invitan,
aunque parece muy flaco
“pa se” de aquella familia.
Mientras los tercios hablaban
sin hacer caso a la prisa,
nuestro caballero andante
le soltó al rocín la brida
y arremetió lanza en ristre
contra aquella comitiva.
Los vegueros asombrados
dieron polvo a sus cotizas,
y a no ser por la torpeza
de aquella burda embestida,
o quizá por la calor,
o la mala puntería,
o tal vez otro milagro
del ánima “e pica pica”,
no la estarían contando
como la cuentan ahorita.
El jinete tambaleante
por la loca arremetida,
les increpó nuevamente
con su ruda voz castiza:
¿quiénes sois par de truhanes,
decidme, quién os envía?,
por mi dama Dulcinea
la más hermosa y más linda,
exijo contestación
si en algo apreciáis la vida.
Los dos llaneros callaban
y asombrados lo veían,
aquel viejo fatigado

y de mirada perdida,
a pesar de su locura
conservaba la hidalguía.
Y otra vez el ingenioso,
mientras el ceño fruncía,
les dijo en tono severo
y en actitud pensativa:
¿cómo llamáis a esta anchura,
a estas estepas bravías
que van pintando el verano
con los colores del día?
¿Qué nombre dais al paraje
que alberga estas maravillas?
¿Cómo llamáis a estos campos
donde se pierde la vista
y el pensamiento se llena
de soledades perdidas?
Los vegueritos se vieron
con ojos de picardía
y le soltaron la copla
con el caudal de la rima:
usted se encuentra “cuñao”,
se encuentra usted camarita,
en suelo de hombres valientes
y de mujeres bonitas,
en la llanura que avanza
y nunca dobla la esquina,
donde el esfuerzo y el temple
le ganan a la fatiga
y van llenando los silos
con el amor de la espiga,
a ritmo del sentimiento
que se desgrana en La Quirpa,
revoloteando en el aire,
acompañando la brisa
por rastrojos de silenciosos
que buscan nueva semilla.
Usted se encuentra catire
en una patria infinita,
cargada de gente buena,
trabajadora y sencilla,
dispuesta siempre a ayudar
a quienes lo necesitan,
abierta a todos los puntos
sin distinciones mezquinas
porque es la patria de todos
soñadora, honesta y limpia,

una anfitriona incansable
de todo el que la visita,
proclamadora perenne
de las mejores noticias,
es una tierra, maestro,
de las que nunca se olvidan.
El viejo hidalgo sonrió,
y el brillo de sus pupilas
le hizo frente a los rumbos
de aquella extraña campiña,
y fue desfacendo entuertos,
sanando viejas heridas
por los caminos callados
de la sabana encendida,
retando los imposibles
con lanzas de fantasía,
como cuatro siglos antes
por tierras de su Castilla,
decidió enfrentar al mundo,
con sobrada gallardía.
Don Quijote en Venezuela
de la mano de Bolívar,
libertando la esperanza,
combatiendo la injusticia.
Don Quijote, Don Simón
y el Cristo de Palestina,
¡los tres grandes majaderos
de la historia y de la vida!

En el Mácaro, a los siete días del mes de abril de dos mil cinco y a cincuenta y cinco días de cumplirse cuatrocientos años de la primera edición de “El ingenioso hidalgo Don Quijote de La Mancha” de Miguel de Cervantes Saavedra.

José Antonio Lago Formoso